

Compartir una cultura propia. La voz de Olive Senior en la literatura jamaicana

Fernando Cordobés

Cualquiera que se de un paseo en el mes agosto por el barrio londinense de Notting Hill, se quedará boquiabierto al comprobar que allí tiene lugar el segundo carnaval más importante del mundo después del de Rio de Janeiro. Lejos de los paisajes idílicos del trópico, bajo un cielo no demasiado azul y en un ambiente a veces otoñal, se desarrolla una de las paradas festivas multiétnicas más importantes del mundo. Pero el carnaval no comenzó como una fiesta, sino como un acto de reivindicación de la comunidad caribeña, que en la década de los 60 vivía aprisionada en los márgenes de la sociedad británica, clasista e impermeable a sus antiguos súbditos coloniales. A ritmo de calipso, pocomanía y reagge se desarrollaron las reivindicaciones sociales de aquella época convulsa que no siempre acabaron de manera tan festiva, y que en otros barrios menos amables, como Brixton, concluyeron, ya en la década de los 80, en una verdadera batalla campal con escenarios más propios de zonas de guerra, que de la muy civilizada capital inglesa. En toda esta tensión social la comunidad jamaicana jugó su papel. Lógico, teniendo en cuenta la gran emigración de la isla establecida en el Reino Unido y la idiosincrasia de sus habitantes, que reivindicaban el orgullo de raza, y su des-

afección por lo que el movimiento rastafari llamaba Babylon, la estructura de poder que mantuvo oprimida durante siglos a la raza negra.

La nueva diáspora jamaicana tuvo repercusiones fundamentales en la evolución de la sociedad inglesa, pero ¿qué sucedía en la isla? ¿Cuál era la realidad de un país con un espíritu de lucha tan inquieto, tan desafiante?

Como en muchos otros pequeños rincones del Caribe que con el tiempo alcanzaron la independencia, durante la dominación colonial sufrían la dicotomía de vivir una realidad propia, y al tiempo una impuesta por la metrópoli, en este caso Inglaterra. Hablar criollo, la lengua local de orígenes diversos en la que se expresaba la población, era considerado poco menos que degradante, y la imposición cultural era el inglés. El objetivo era convertir a toda la población de las colonias en ingleses, sin los beneficios, claro está, de ser un ciudadano de primera categoría. La intención de los británicos de hacer del mundo Inglaterra gracias a su colosal aunque efímero imperio colonial, fue sin duda una característica bastante particular, que no se reprodujo exactamente igual en otras colonizaciones. En cualquier caso, las tensiones que este discurso de dominación provocaba en los colonizados, florecerían con el tiempo en manifestaciones culturales propias. La diáspora culturalmente activa y dinámica revivió finalmente la cultura y civilización inglesas, caídas en una manifiesta decadencia.

Olive Senior, una de las autoras jamaicanas mejor valoradas en el panorama literario actual de la isla, recuerda cómo incluso en las escuelas primarias de la lejana Jamaica rural, los profesores eran bastante estrictos en lo referente al habla. Más tarde, cuando completaba su formación superior, los valores dominantes eran los europeos occidentales; todo lo que no viniera de ahí, como por supuesto sucedía con la herencia africana, era considerado indigno o inútil. Para Olive Senior esto respondía a un plan simple y atroz: crear personas ajenas a la realidad en la que vivían. Para lograr este objetivo no había un método más eficaz de discriminación social que el del lenguaje. El criollo quedaba reducido al círculo más íntimo de amigos, a comunidades aisladas, y las clases más bajas. La autora asegura que, en ese momento, no era cons-

ciente de lo que estaban haciendo con ellos. Simplemente lo aceptaban como la norma. Además la educación era la única salida para escapar de la condena de la pobreza, de los pueblos, de una sociedad rural que se percibía como algo negativo, aunque al tiempo fuera culturalmente muy rica.

El uso que hace Olive Senior del jamaicano criollo, y del inglés más académico, ha sido aplaudido por la crítica de su país. Su inmersión en temas tales como la búsqueda de identidad, el nacionalismo cultural, la separación de clases y el impacto opresivo de la religión en las clases más desfavorecidas, la sitúan como una de las voces más prometedoras de la literatura jamaicana. Sus descripciones de las mujeres y niños jamaicanos luchando por superar las barreras de raza, clase y género, se consideran entre los logros más notables de la literatura de las Indias Occidentales.

«¿Cree que estoy loca señorita? Me ve aquí con el pelo arreglado, mi cuaderno de notas y mi bolígrafo, no salgo nunca a la calle sin ellos, no salgo nunca a la calle sin mis medias y los zapatos limpios, como me enseñó mi madre. (...) ¿No parezco una niña? ¿No parezco una profesora?»

En su relato titulado *You Think I Mad, Miss?* Olive Señor nos hace partícipes, a través de una voz narrativa en primera persona, de la biografía de una mujer que mendiga por la calle para poder sobrevivir. Esta imagen triste y decadente de la mujer que sufre por la incompreensión de que es objeto, evoca la situación de tantas y tantas mujeres que a lo largo de la historia han sido catalogadas como locas por rechazar como única vía de autorrealización la función reproductora que la sociedad les asignaba. La autora da voz a esta mujer loca con un discurso caracterizado por su diferencia respecto al discurso de la antigua metrópoli, en este caso Inglaterra, y de la sociedad patriarcal del Caribe. La voz con la que la protagonista nos habla, refleja un lenguaje caótico, metafórico, heterogéneo: «Una de las cosas que quiero conseguir con mi escritura es pintar al mundo un cuadro de la gente caribeña como gente real, porque las imágenes que muchas personas tienen de nosotros son imágenes estereotipadas. Quiero que mi escritura presente a la gente caribeña como son, con sus sueños y esperanzas, miedos y coraje, como el resto de las personas del mundo.»